
AWK
WARD
LUIS ANTONIO VIDAL





Edición Digital

Ilustración: Pandaepan
Foreword: Samantha Cerff

ISBN: 978-612-00-2952-7
1era Edición, 2017.

Los personajes, lugares y situaciones descritos en este libro, han sido modificados, y pueden o no ser reales. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Autor - Editor

Contacto: luisantoniovidalp@gmail.com
Web: www.kolazdice.com
Publicación electrónica disponible en *www.kolazdice.com*

Lima – Perú

FOREWORD

Sacar a la luz historias que, con sólo recordarlas, hacen que te pongas tan rojo como un tomate no es tarea para cualquier mortal. Muchos estaríamos sumergidos en nuestros pensamientos, intentando recriminar a nuestro antiguo yo y preguntarle de una vez por todas: ¿Qué demonios tenías en la cabeza?

Probablemente jamás obtendremos la respuesta y quizá así sea mejor.

Metimos la pata. Lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo porque, aunque sueñe cliché, es lo que nos hace quien realmente somos. ¿Qué nos queda? Ponernos de pie, sacudirnos el polvo y seguir caminando como si nadie hubiese visto nada. En ciertos casos, de forma literal.

La persona detrás de estas anécdotas, un muy querido amigo llamado Luis, te abre las puertas de su propio mundo. El trabajo que estás a punto de leer no es solo fruto de las experiencias vividas, pues nada hubiese salido de ello sin la dedicación y planificación que hubo detrás de bambalinas. ¿El resultado? Una divertida aventura que debes descubrir por ti mismo.

Samantha Cerff

¿NO VINO NADIE?

A veces los momentos más incómodos de nuestras vidas no son necesariamente los que nos suceden a nosotros, sino aquellos de los que somos testigos obligados.

Cuando estaba en la universidad, mi grupo de trabajo y yo teníamos como proyecto final para el curso de audiovisuales, hacer un documental. Elegimos como tema la fusión musical y contactamos con varios artistas locales que se ajustaran al perfil. Así conocimos a Anthony.

De hecho, yo ya lo conocía de antes. Vi una presentación suya y me gustó lo suficiente como para comprar su disco y pedirle que me lo autografiara, y todo bien… hasta que noté que había colocado el nombre equivocado en la dedicatoria.

Al tener más o menos nuestra edad, congeniamos muy bien con él, lo que ayudó a que la grabación fuera más relajada y divertida… excepto por el tipo que estaba grabando su propio programa a unos metros de donde estábamos nosotros. Sus gritos terminaron colándose en nuestra filmación, arruinándola por completo, como dejara claro el profesor al revisar los avances del proyecto.

Si no hubiera sido por lo buena onda que era Anthony, que aceptó darnos otra entrevista, habríamos jalado el curso. Por esos días, su agenda estaba bastante ocupada pero aceptó darnos unos minutos después de una presentación que tendría en un centro cultural. Además de salvar la nota, veríamos el show gratis. ¡Toda una ganga!

Llegamos temprano a grabar. Conmigo estaban Anderson y Angélica, que hacía honor a su nombre con una inocencia sólo igualada por su enorme capacidad de decir las más cosas inapropiadas en el peor momento posible.

Al llegar al local encontramos a un grupito de gente haciendo cola para entrar. Un rato después llegó Anthony con todo su equipo, que incluía a su familia, sonidista, músicos y demás. Al vernos, nos saludó sonriente y nos hizo pasar al auditorio para ir cuadrando las cámaras.

Aunque ver el show gratis no sonaba nada mal, no me entusiasmaba mucho tener que quedarme hasta que terminara todo para poder grabar, y luego me quedaba un viaje de hora y media hasta mi casa... pero necesitábamos con urgencia la entrevista. No quedaba otra.

Nos acomodamos en un rincón en la parte de atrás del auditorio mientras veíamos a la gente hacer su chamba. Estábamos a una hora de que arranque todo, en cualquier momento empezaría a entrar la gente. De seguro la cola que habíamos dejado afuera había crecido.

Pasó la hora y la gente no entraba, salvo por dos viejitas que se sentaron en la parte de atrás. En un primer momento, supusimos que las habían dejado entrar antes de tiempo porque ya tenían sus años y no podían estar paradas por mucho tiempo, pero los minutos seguían pasando y no había cuándo entrara el resto. ¿A qué hora iba a empezar la cosa? Entonces vimos que Anthony se acercaba a hablar con ellas, y al ratico salían del auditorio.

El cantante se nos acercó, visiblemente avergonzado aunque sin dejar de sonreír. Era una de esas sonrisas nerviosas que uno pone para aparentar estar bien aunque todo el mundo sabe que no lo estás. “El concierto se canceló – dijo – es que no hay gente”.

Resultó que esas dos viejitas habían sido las únicas personas que habían comprado su entrada, y allá afuera no había nadie más esperando entrar.

No hacía falta hablar al respecto pero Angélica, con su nula capacidad para mantenerse en silencio cuando es necesario, se mandó con un sorprendido “¿no ha venido nadie?”.

¡Ya estaba muerto y le seguían dando! Aunque el pobre tratara de mantener la sonrisa mientras decía “no”, podía ver como Anthony se hacía chiquito de la vergüenza, a tal punto que yo me sentía tan o más avergonzado que él. Me hice el loco mientras revisaba innecesariamente la cámara para no tener que seguir sufriendo esa escena. Lo mejor era acabar rápido y salir de ahí.

Mientras terminaba de revisar mi lista de preguntas, y Anthony esperaba sentado frente a la cámara con la mirada algo perdida pero sin dejar de sonreír, Angélica (¡por qué!) le dijo “no estés triste”, tratando de consolarlo mientras le sobaba un brazo.

Podía escuchar cómo el corazón del muchacho se hacía pedacitos mientras trataba de lucir tranquilo y amigable.

Grabamos, guardamos las cosas, agradecimos y nos fuimos. Apenas pusimos un pie afuera del local volteé a mirar a Angélica y le dije “¡ves que el pata está hasta las huevas y encima se los restriegas en la cara!”.

¿ESTÁS BIEN?

Estaba en el bus de regreso a casa. Era hora pico y había tenido suerte de encontrar un asiento vacío junto a la ventana. A mi lado iba una chica que parecía haber salido de trabajar. Yo andaba metido en lo mío hasta que noté que ésta empezó a llorar. No fui el único, la gente que iba parada también se dio cuenta.

Pensé en que no tardaría mucho en calmarse por el roche de ser observada por todos, pero pasaban los minutos y nada. No paraba de llorar y tampoco había cuándo se baje.

En ese momento se vinieron a mi mente todas esas películas en que el protagonista demuestra su caballerosidad ofreciéndole a la muchacha algún tipo de consuelo. Quedaría como todo un caballero frente a los demás y habría hecho mi buena acción del día. A pesar de mi enorme timidez le hablaría, aunque no terminaba de decidir sobre qué decirle.

Finalmente, volteé a verla y le dije: “¿estás bien?”.

La chica, aún con lágrimas en los ojos y lejos de lucir reconfortada, me lanzó una mirada, entre el asco y la extrañeza, y volteó para el otro lado. No la culpo, mi pregunta fue muy estúpida.

Me había dejado en *visto* frente a todos los pasajeros. Eso me pasaba por intentar ser caballero. Volteé la mirada hacia la ventana y no la despegué de ahí hasta que la chica se bajó del bus.

¡Una más, pe!

Como muchos, tuve una época en que quise ser *punkeke* o al menos lo intenté. El punk ni siquiera era mi género favorito, pero era lo que tocaba la banda de un de amigo de colegio y si iba a acompañarlo a sus tocadas, lo mínimo que podía hacer era aprender de qué iba la cosa.

Estuve con los muchachos de la banda en varias de sus presentaciones, todas en cocheras o *pubs* del centro, donde se respiraba (si se podía) dejadez.

Una de esas presentaciones fue en una cochera en un barrio de Comas. No me equivoco al pensar que todos alguna vez quisimos ser parte del *entourage*[1] de una banda de rock, así que tenía cierto atractivo ser arrastrado hasta los confines del cono norte de la ciudad… hasta que llegabas al lugar y se te pasaba.

Llegamos temprano, a eso de las 8:00 de la noche. Las bandas irían subiendo al escenario por orden de llegada. Al ser tan temprano, mis amigos negociaron el tocar más tarde, cuando hubiera más gente. El organizador aceptó sin darles mucha importancia. Ellos cerrarían el concierto, como hacían las grandes bandas en los grandes festivales.

Mientras esperábamos que se llene el local, salimos a buscar algo de tomar. Lo único que encontramos, que la banda pudiera pagar, fue un experimento químico llamado *Superman*. Era naranja y parecía refresco de sobre pero, a juzgar por las caras de los que lo iban probando, bien podría ser la fórmula con la que crearon a *Las Chicas Superpoderosas*.

Al volver a la cochera, las 10 o 12 personas que habíamos dejado más temprano, eran ahora unas 50. Puede que no suene a mucho, pero créeme, lo es.

[1] El grupito que va con las bandas a todas partes y les sirve el cafecito o les corta el salame.

Algo que necesitas saber sobre estas tocadas es que, por lo general, el público se resume los amigos y las enamoradas de las bandas que están en el escenario… y aquellos que están esperando su turno para subir a tocar.

Pero la banda que estaba tocando en ese momento había jalado a mucha más gente que el resto y los había animado lo suficiente como para hacer pogo[2]. Parecía un concierto de verdad y yo ya le estaba entrando a la onda cuando vi a mis amigos: no lucían nada contentos.

Aunque no dejaran de criticarlos con cosas como “son unos poseros” y “eso de *Difonía*[3]”, no podían negar que el haber llenado el local les convenía pues ahora tendrían un buen público que los escuche.

Pero la cosa no salió como esperaban. Eran ya pasadas las 11 y sólo quedábamos nosotros, unos cuantos gatos y el organizador del evento, que trajo los instrumentos de su sala de ensayo y era el más apurado por terminar rápido, para desarmar todo e irse.

Cuando los muchachos subieron al escenario, las pocas personas que quedaban se dirigieron a la puerta.

Dada la hora, y la premura de todos por salir de ahí, incluido yo, tendrían tiempo sólo para 3 canciones. El *Chino*, como le decíamos al vocalista, se mandó con las canciones que tenían preparadas y que en su conjunto no sumaban más de 5 o 6 minutos. Podría decir que sonaron muy bien, pero estaría mintiendo. No eran grandes músicos, pero entre el apuro y la falta de uno de los guitarristas, sonaban peor.

[2] Cuando la gente hace un círculo y a ritmo de la música se sacan la mugre a empujones pero con cariño.
[3] Una banda local muy popular

Si ya de por sí era penoso ver que los muchachos se apuraban entre sí para tratar de meter todo su repertorio en unos pocos minutos, lo peor vino al terminar la tercera canción. El organizador se acercó al escenario para decirles que ahí moría todo. De hecho, ya había estado desarmando los equipos mientras los ellos tocaban.

El *Chino* quería seguir. Había esperado tanto para tocar que pretendía, al menos, poder mandarse con unas cuántas canciones más. “Una más, pe”, le decía al organizador que sin asco le apagó el micrófono, mientras los demás trataban de bajar a su amigo del escenario sin éxito.

SI PUEDES, VIENES.

Nunca me ha gustado la idea de organizar una fiesta. Le tengo terror al que nadie se aparezca y después de lo sucedido con Janet, peor aún. Nos hicimos amigos en la universidad, aunque no estudiáramos la misma carrera.

Por aquellos días, Janet andaba ajustada de dinero y pensó que hacer una fiesta para recaudar fondos era buena idea. Podría haber hecho una pollada, como todos, pero eso era muy *mainstream*[4] para ella. Su familia tenía un restaurante en la carretera a Ancón. No les iba mal, aunque tampoco fuera el negocio más rentable del mundo. El tema es que pasadas las 6:00 de la tarde, el local quedaba vacío y disponible.

Janet le pasó la voz a todos sus conocidos, incluyendo a los patas que teníamos en la Facultad de Ingeniería de Sistemas, con los que habíamos llevado un curso durante el verano.

Siendo el buen amigo que soy, me ofrecí a llegar temprano para ayudarla con el local, poner las luces… darle ambiente. Además, podría usar ello como excusa para irme temprano. Si intentaba detenerme, podría usar la carta del "yo estuve aquí desde temprano, ayudándote".

Cuando llegué sólo encontré a Katy, su hermana, que aunque era menor por un par de años parecía ser la adulta responsable. Janet llegaría al rato. Aún era temprano, estuvimos probamos las luces y acomodamos las sillas. Cerca de las 7:00, los muchachos de Sistemas llegaron y Janet seguía brillando por su ausencia.

No había mucho que hacer salvo poner algo de música mientras esperábamos que empiece la fiesta. Pero siendo casi las 8:00, la cosa no daba señales de mejorar. Y

[4] Lo que es común y popular.

entonces se apareció Janet. Katy estaba realmente molesta, pues su hermana 'mayor' fue la de la idea. Pero ya estábamos todos ahí, era tiempo de vacilarnos, ¿no?

Bueno, en un craso error de cálculo, Janet había terminado invitando a más hombres que mujeres. De hecho, las únicas mujeres presentes eran su hermana y ella. Sacando cuentas, quedó claro que no serían suficientes para los 6 o 7 muchachos que estábamos ahí. Peor aún si tomamos en cuenta que el gancho para llevar a la gente de Sistemas era la promesa de chicas.

Como a Janet parecía no importarle, Katy tuvo que ver la forma de solucionar el tema. "Acompáñame", me dijo. La seguí. Cualquier cosa era mejor que seguirle viendo las caras tristes a los muchachos. Mientras caminábamos no dejaba de quejarse sobre lo irresponsable que era su hermana a pesar de ser la mayor. "Siempre hace esto", decía.

Tras caminar unas cuadras nos detuvimos frente a una casa. "Aquí vive mi amiga", dijo Katy mientras tocaba el timbre. Segundos después, una señora le decía que su hija no estaba. "Le dice que hay una fiesta en mi casa, que si puede vaya".

Era triste haber llegado a eso pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Sin piñata, no hay posada, y sin chicas, no hay fiesta. Seguimos andando. Llegamos a otra casa, esta vez su amiga sí estaba y nos atendió, pero no podía acompañarnos porque ya tenía planes. "Si puedes, vienes", le respondió Katy, que lucía realmente preocupada por no conseguir chicas para el tono. Yo sólo podía sentir vergüenza.

Cuando volvimos a la 'fiesta', me topé con una visión realmente patética. Ahí estaban los muchachos de Sistemas sentados en una ronda, diciéndose unos a otros con la mirada que eso había sido una muy mala idea. Nadie hablaba, nadie bailaba, nadie hacía nada.

Katy estaba realmente molesta por todo lo que tuvo que hacer, mientras su hermana esperaba que alguna amiga se aparezca. Supe que era el momento para hacer una retirada estratégica. Aduciendo que se hacía tarde y vivía lejos, me fui.

Al día siguiente, me encontré con uno de los muchachos en la Universidad y le pregunté por la fiesta. “Puta, terminamos chupando entre nosotros y nos quitamos asados”.

SEE YOU LATER…

A nadie le gustan los sabelotodo. Lo aprendí de la peor forma cuando estaba en el colegio.

Habiendo llevado básicamente el mismo curso de inglés año tras año (en serio, no importa el grado en que estés, los temas son los mismos, siempre), me sentía bastante confiado en mis habilidades con el idioma.

Al terminar la clase, todos debíamos ponernos de pie para despedir al profesor. "Good bye, students", decía el profesor Julián. "Good bye, teacher", respondíamos nosotros sin muchas ganas… aunque en una ocasión no pude evitar el presumir un poco y me fui de largo: "see you later, see you son, so long…", mientras hacía un gesto con las manos como si no me importara.

Esto no pasó desapercibido para el profesor Julián, que me llamó al frente de la clase y me hizo despedirme de ellos. Aunque mi inglés era bueno, la vergüenza podía más, y entre risas solté un "good bye, class" que sonó a cualquier otra cosa, haciendo que todos riesen de mí.

"El que tu sepas no te da derecho a burlarte", dijo el profe con las risas de mis compañeritos de fondo.

ME LA DEBES

Nunca me gustaron las fiestas de cumpleaños. Es más, ni siquiera espero que la gente me salude ese día. Eso sí, todo regalo es bienvenido. Por eso, para mi cumpleaños número 16, estuve soltando pistas durante los días previos sobre lo que quería de regalo: Un disco de los Rolling Stones. Tenía que ser ese disco de grandes éxitos que incluía la canción con la que había estado obsesionado por semanas, "Anybody seen my baby?".

La mañana de mi cumpleaños, mi mamá me sorprendió con una bolsita antes de irse a trabajar. Tenía el logo de una tienda de discos. Ilusionado lo abrí y ¡qué crees! ¡Era un disco de Rolling Stones! Pero no era el que yo quería. No sólo me sentí decepcionado, me sentí molesto porque había gastado mucho dinero en algo que no me gustaba. Aun así terminé aceptándolo. Por supuesto, mi mamá lo notó y no pudo evitar sentirse mal.

El día de mi santo había empezado con mal pie pues no terminaba de decidirme entre sentirme mal por mi mamá o sentirme mal por el regalo que pude haber tenido y no tuve. Pero esa tarde vendría a casa a buscarme mi mejor amiga Cynthia, y saldríamos a pasear y todo sería chévere

Cynthia llegó a la hora acordada y luego de darle varias vueltas al parque que estaba a unas cuadras, llegamos hasta la puerta de mi casa. Nos estábamos despidiendo cuando se apareció mi mamá, que llegaba de trabajar. No pude evitar notar el brillo en sus ojos. Era la primera vez que me veía con una chica.

No perdió la oportunidad de asegurarse una nuera. "¿Ya comiste?", le preguntó a mi amiga, que no pudo rechazar la invitación, aunque yo tratará de evitarlo y ella disfrutara con mi sufrimiento. No es que me molestara salir a comer con mi mejor amiga… el problema es que mi madre estuviera ahí con nosotros. ¿Qué hay de malo en eso? Además

de ser muy vergonzoso, me gustaba mi mejor amiga… secretamente, claro está. ¿Ahora lo entiendes?

Terminamos yendo a una pollería que quedaba a unos minutos de ahí. Todo el camino fue realmente incómodo. Ahí estaba Cynthia, hablando de lo más normal con mi mamá, y yo detrás, pensando en lo poco entrenado que estaba para una situación así. En un momento en que mi amiga se entretuvo con unos mostradores, miré a mi mamá con la intención de reclamarle por el trance que me estaba haciendo pasar y con una sonrisa de victoria me dijo: "me lo debes".

Entonces lo entendí. Tenía razón, después del mal rato que le había hecho pasar por lo del regalo, no tenía otra opción sino aceptar mi destino.

La cena fue bastante tranquila, salvo por lo poco que hablé y lo palteado[5] que estaba. ¿Qué se suponía que dijera en una situación así? Me senté junto a mi mamá, y Cynthia frente a nosotros. Estaba seguro que si me hubiera sentado junto a la última, de alguna forma, le hubiera dado esperanzas a mi mamá de que teníamos algo. Aunque el sentarme junto a mi madre significara que soy un 'hijito engreído', prefería eso a soportar la vergüenza del otro escenario.

Para capear la situación, trataba de hacer algunos chistes como simular esa famosa escena de Psicosis, cuchillo en mano, cuando mi mamá miraba hacia el otro lado. Ir al baño cada 5 minutos también ayudaba… hasta que solo, en esa pequeña habitación, la paranoia me acosaba: ¿Estarán hablando de mí? ¿Será que mi mamá le está contando a Cynthia de esas fotos embarazosas de bebé donde me jalo la cosita?

Solo me quedaba concentrarme en mis papas fritas hasta que terminara la tortura. Al final de la velada, mamá regresó a casa y yo acompañé a Cynthia a la suya. No dejaba de reírse

[5] Avergonzado.

de mí y de señalar lo bien que le había caído mi mamá. Quizá en el fondo no había sido tan malo si todos habían quedado contentos.

¡RETÍRESE!

En una ocasión, Janet me invitó a su casa a pasar la tarde. Hacía un buen tiempo que no nos juntábamos y luego de semanas de coordinación fijamos una fecha.

Llegué a la hora acordada. ¡Y qué crees! Janet brillaba por su ausencia. Le mandé un mensaje de texto avisándole que me iba a casa y respondió pidiéndome que la esperase. No tardaría más de media hora, decía. Ya había hecho yo el viaje hasta allá, qué más daba esperar un poco.

Por supuesto, cuando alguien te dice que la esperes un momento, lo más seguro es que, como mínimo, tarde el doble. Y así fue.

Mientras esperaba sentado en una mesa de su restaurante, que a esa hora de la tarde estaba vació, conocí a su mamá, que parecía salida de un episodio de los Locos Adams. Tenía el cabello alborotado como el de *Hagrid* en *Harry Potter*, y sus lentes de fondo de botella no hacían sino resaltar la severidad de su mirada. Me recordaba a una bibliotecaria solterona y amargada, y yo era el chico ladilla que había estado haciendo bulla en su biblioteca.

"¿Usted qué hace aquí?", preguntó con tono amenazador. Le dije que esperaba a su hija y me dejó estar en un rincón no sin antes advertirme que guardara silencio pues su grupo de oración estaba por llegar.

Minutos después se aparecieron sus amigas, un grupo de señoras por encima de los cuarenta, y vestidas como si se hubieran quedado atrapadas en los cincuentas. Pensé que si me mantenía en silencio y me la pasaba viendo mi celular, aunque fuera de esos cuya función más avanzada era el juego del gusanito, estaría bien… o eso creí, hasta que escuché: "Joven, ¿no se nos quiere unir?".

¡Qué se suponía que hiciera! Por aquellos días, yo cuestionaba, entre otras cosas, mi fe y me consideraba un agnóstico convicto y confeso. Pero en una situación así, no podía decir que no, especialmente porque estaba solo y sin nadie que me defendiera. No dije nada. Tomé mi silla y la llevé hasta el círculo que habían formado.

Continuaron con su oración mientras yo guardaba prudente silencio, rogando que llegara Janet. Absorto en mis pensamientos no noté que la mamá de mi amiga me miraba con cara de odio. “Joven, si no va a rezar, retírese”, sentenció.

Me paré, dejé la silla a un lado y salí a la calle a seguir esperando con la poca dignidad que me quedaba. Unos 15 o 20 minutos después se aparecía Janet. Cuando le conté lo que había pasado, se rió y muy suelta de huesos dijo: “¡y por qué no le dijiste que no quería rezar!”.

No volví a visitarla jamás.

¿Qué tiene que decir a eso?

Cuando uno está en la universidad suele creer que puede hacerlo todo, que es más listo que el resto, que es 'el elegido'. Mis buenas notas me hacían creerlo a veces. Pues bien, este 'elegido' estaba a punto de dar un salto al vacío con un final no muy feliz.

Por aquellos días se anunció la llegada de un prestigioso periodista a la universidad, para una conferencia sobre periodismo. Aunque esa no fuera mi especialidad, necesitaba llenar mi currículum de alguna forma y ese certificado podía ayudar. Además, tratándose de alguien tan reconocido y experimentado, podría terminar aprendiendo un par de cosas… ¡y vaya que aprendí!

En los días previos a la conferencia, una cadena empezó a circular por la intranet de los estudiantes. Ésta hacía alusión a una supuesta doble moral del expositor. Al parecer, en su programa de televisión se había mostrado a favor de los derechos para las minorías sexuales, pero en un artículo impreso había criticado las acciones del lobby gay. No entraré en detalles, pues ni yo mismo los recuerdo, pero daban a entender que el periodista se contradecía.

No lo pensé dos veces. Era mi oportunidad de brillar, encarando al intocable, frente a un auditorio lleno. ¡Lo desenmascararía frente a todos!

Quizá debí haber consultado con algún profesor antes de decidirme a hacerlo, pero quería dar la sorpresa, así que me lo guardé hasta el último minuto.

Aquel fatídico día, el auditorio estaba a tope. Debían ser unas 200 personas, quizá más. La ponencia duró más o menos una hora, en la que me debatía si debía preguntar o no. Aunque los días anteriores había estado muy seguro de hacerlo, estando ya en la situación a uno lo asaltan las dudas.

Para cuando se abrió la ronda de preguntas yo ya estaba nervioso y sudando. Sin darle más vueltas, pedí el micrófono mientras el expositor respondía, por enésima vez, a la pregunta de "¿qué nos recomendaría a los que estamos estudiando periodismo?". Al parecer, a nadie más se le había ocurrido preguntar otra cosa. Eso me dio un poco más de confianza sobre la bomba que estaba a punto de soltar.

Pero, ya con micrófono en mano, y contando los segundos para tener que hablar, mi cuerpo me jugó una mala pasada. ¿Alguna vez has escuchado acerca de esas técnicas de relajación que implican soltar los hombros y respirar profundo? Pues eso hice, y créeme que no sirvió para nada. Llegado el momento, me armé de valor…

Por mis buenas notas, me había ganado cierta reputación entre la gente de mi facultad. Así que apenas me puse de pie, todos me quedaron mirando, incluidos los profesores que por ahí andaban.

No me di cuenta de lo mal que estaba hasta que una chica tras de mí dijo: "pobrecito, está temblando". Efectivamente, estaba hecho un manojo de nervios. Temblaba tanto que me costaba sostener el micrófono y la hoja de papel con mis apuntes, que intentaba leer al hacer mi pregunta.

Mi nerviosismo fue tal que el expositor, algo exasperado, me pidió repetir la pregunta: "no he entendido nada". Me sentí aún peor de lo que estaba. Ni siquiera había podido formular mi pregunta y ya podía verme humillado frente a toda la universidad. Pero ahí no acababa la cosa. Ya había empezado, tenía que terminar.

Tomé aire y repetí mi pregunta, haciendo referencia al mail que había estado circulando. Concluí mi paupérrima intervención con un "¿qué tiene que decir a eso?", a la que intenté darle un tono inquisidor, que ni yo mismo me creí.

Me senté clavándole los ojos a mi interlocutor, tratando de ignorar todos los murmullos y miradas. Como mis agallas habían advertido segundos antes, nuestro ilustre visitante barrió el piso conmigo pues, y tenía razón, ese correo era una sin razón que confundía una cosa con otra. "Y si fueras más honesto te darías cuenta que yo estaba hablando de otra cosa en ese artículo".

Para terminar de enterrarme, un compañero, que estaba sentado una fila más adelante, volteó solo para reírse de mí.

Estaba tan rojo que un francotirador podría haberme visto fácilmente desde lo alto de un edificio de 20 pisos, y eliminado limpiamente… y era justo eso lo que necesitaba. Pero no, la vida me tenía reservada un poco más de humillación.

Terminado el conversatorio, me junté con la gente del salón. Quería largarme de ahí sin que me vieran, pero eso sólo lo hubiera hecho más rochoso. Tocaba quedarme para que supieran que podía soportar los golpes. Mis compañeros me sonreían de forma condescendiente, pero el burlón de mi pata seguía matándose de risa en mi cara.

Un profesor se acercó a estrecharme la mano. "Bien, Luis, bien. Hay que tener huevos para hacer eso". No sé si lo decía en serio o en broma, pero se lo agradecí desde el fondo del alma.

Nunca más volví a hacer una pregunta en uno de esos conversatorios.

¿Por qué miente?

Cuando estaba por terminar la primaria tocaba prepararse para la Promoción, esa especie de rito de paso con el que dejaba de ser un niño y me convertiría en un adolescente… al menos para el sistema educativo convencional. Ello incluía, por supuesto, una serie de 'tradiciones', algunas más absurdas que otras. Una de ellas: la despedida que los estudiantes de 5to debían hacer los salientes de 6to.

En su momento, a mi salón le tocó despedir a una promoción, en lo que parecía ser un ejercicio inútil: Ambos salones se reunían en un local y almorzaban juntos, ignorándose unos a otros, y presenciando algún número artístico con poco interés; todo ello financiado por los de 5to, claro está.

Quizá no era algo inútil, quizá sí tenía algún significado para alguien… que obviamente no era yo, que apenas había llegado a esa escuela un año antes y que, aunque ya estaba por irme, aún no terminaba de adaptarme a ella.

Faltando un par de días para el evento, decidí que no quería ir. Prefería volver a casa temprano para ver televisión sin que nadie me moleste. Tras una breve negociación con mi papá, acordamos que iría a recogerme a la escuela, so pretexto de una cita con el médico.

La mañana del 'compartir', me acerqué al escritorio de la profesora Mirella para informarle que mi papá vendría por mí. Me miró escéptica. "¿No me estás mintiendo, verdad?", dijo con suspicacia.

Comprendí su desconfianza, no era la primera vez que usaba la excusa del médico para faltar a clase y quedarme en casa viendo *Dragon Ball Z*… ¡Eran capítulos de estreno!

Su mirada me hizo sentir culpable y terminé confesando mi crimen antes de cometerlo. Hice bien, ¿verdad? Pues no, porque en aquellos días, sólo la gente con plata tenía celulares. ¡Cómo le avisaría a mi papá sobre el cambio de planes!

Mientras pasaban las horas me ponía cada vez más nervioso. Quizá nos fuéramos antes que llegara mi papá y así le evitaría roche de ser desenmascarado públicamente, aunque debo confesar que en un primer momento me sentía bien por haber dicho la verdad. Sí, era un chibolo huevón.

Nos formamos fuera del salón para salir rumbo al local de la despedida, que quedaba sólo a unas cuadras. Cuando estábamos por irnos, se apareció mi papá. "Luis, vamos que tienes cita", dijo. Antes que pudiera explicarle, la profesora nos dio el alcance.

Cuando mi papá le explicó por qué estaba ahí, ella respondió con un contundente: "Luis ya me dijo que es mentira, ¿por qué miente, señor?".

Mi conciencia me había traicionado. Mi papá trató de explicar que yo lo había convencido de hacerlo, mientras la profesora lo desarmaba con un "pero usted es el padre". Derrotado, papá se fue a casa mientras mis compañeros me miraban y murmuraban.

No había forma de evitarlo, tendría que ir al circo ese y, además, había dejado mal a mi papá.

Mientras esperaba en la fila a que nos dejaran salir, los chicos que estaban al final empezaron a empujar al resto. Yo trataba de estar tranquilo para que todo acabara de una vez, pero seguían empujando.

Cansado de la situación, les devolví el empujón. Ya sea una ironía de la vida o el karma instantáneo, la profesora me vio haciéndolo y me llamó la atención frente al resto,

mientras los demás se reían. “Pero ellos me están empujando”, repliqué. Pero ella insistía en que me había visto a mí empujando a mis compañeros y no al revés.

“Si no quieres ir, no vayas. Pero deja de molestar a los demás”, sentencio, mandándome al salón. Ahí me quedaría mientras los demás se iban a la fiesta.

Al final, tuve lo que quería. No tuve que ir al compartir… aunque me quedé encerrado haciendo nada, vigilado por un grupo de madres de familia, esas que no tienen nada que hacer en casa y se juntan en el colegio para chismosear. Apenas llegó la hora de salida, recogí mi mochila y me fui a casa.

HÁBLALE TÚ

Siempre me resultó extraño que algunas madres de mis compañeros de colegio me consideraran un buen ejemplo. Quizá lo hacían porque siempre tuve buenas notas, o porque no andaba con las pandillas o en fiestas, como la mayoría de muchachos en el barrio. El tema es que esa 'buena reputación' me ha llevado a situaciones bastante extrañas como la de aquel sábado por la mañana.

Ese día, fui temprano a casa de Toño, un amigo de la escuela al que rara vez veía por ahí pero convenía siempre tener presente. No porque fuera una buena influencia, pues su no tan buena fama lo precedía; sino para que el resto de muchachos de la cuadra supiera que era mi amigo, en caso alguien quisiera asaltarme alguna vez.

Habíamos quedamos en juntarnos para ir a un show de *skaters*. No es que me atrajera mucho ese deporte, pero necesitaba unas buenas fotos para un trabajo de la universidad.

Mientras estábamos en la sala de su casa, esperando que llegaran un par de amigos suyos, se apareció su mamá, que lucía como si recién se hubiera levantado, pues aún tenía puesto el camisón. La saludé con cordialidad, aunque no tenía la más mínima intención de hacerle el habla. Ya era difícil para mí mantener una conversación con Toño, imagínate con su mamá. Pero la señora no perdió la oportunidad de pedirme ayuda con su hijo.

Verás, Toño había tenido problemas para establecer sus prioridades en la vida. Aunque ya bordeaba los 20, no había continuado sus estudios más allá del colegio y parecía no tener una carrera en mente. Además, sus corridas con algunos malandros del barrio eran conocidas.

"Yo ya le he dicho que estudie, pero háblale tú, tú eres un buen ejemplo", me decía la señora sin importarle que su hijo estuviera al lado. Aunque asentía con la esperanza de

que me dejara en paz, ella insistía: “Mi hermana, que está en Colombia, también le ha dicho que estudie, pero no hace caso”. No tenía idea de por qué me contaba esas cosas pero le seguía la corriente para no desentonar.

Afortunadamente, sonó el teléfono. Mientras la mamá de Toño se retiraba para contestar, aproveché para salir a la calle un rato. Minutos después escuché a la señora decir “sí, aquí está, te lo voy a pasar para que hables con él”. Adelantándome a la situación, le dije a mi amigo “teléfono”, pensando que la llamada era para él.

Y entonces escuché: “joven, un ratito, mi hermana quiere hablar con usted”.

Confundido, tomé el teléfono. “Aló”, dijeron del otro lado. Era la tía de Toño, la que estaba en Colombia. Lo que siguió fueron varios minutos de una llamada casi unilateral, en la que mi interlocutora me contaba sobre su vida y sus penurias, sin perder la oportunidad de pedirme que ayude a su sobrino a recapacitar y se ponga a estudiar.

La situación no podía ser más extraña. Era la primera vez que visitaba esa casa y ya me estaban chantando encima tamaña responsabilidad. Asentí a todo lo que la tía de Toño me decía y, nuevamente, prometí intentar convencer a mi amigo de encaminar su vida. No funcionó.